

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.

AÑO I.—NÚMERO 28
30 AGOSTO 1925



CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURiosIDADES

CÓMO CAZAN LOS ZULÚS LOS AVESTRUCE

El avestruz, el ave que no vuela, es uno de los animales que corren con más velocidad; tanto es así, que en algunos hipódromos extranjeros se han celebrado carreras de avestruces; es decir, de unos cochecillos ligerísimos, especie de *tilbury*, en los que va un conductor. Estos vehículos son arrastrados por avestruces, que, apenas sienten sobre sus cuerpos la fusta, se lanzan a velocidades increíbles.

Figurémonos al avestruz en el Africa central, terreno de llanura, con un oído finísimo, y comprenderemos fácilmente las dificultades que encierra su caza.

Los negros zulú, esos seres que ni siquiera como sus hermanos de colorido, los senegaleses, sirven para limpiabotas, cargadores o boxeadores, son los que, con una estratagema tan hábil que parece imposible que se les haya ocurrido a cerebros tan pobres, cazan cuantos avestruces quieren.

El zulú hace con paja y ramas lo que pudiéramos llamar el cuerpo de un avestruz, lo impregna de pez y luego lo reviste de plumas. Se pone ese armatoste sobre los hombros, y cuando el sol está en su ocaso se lanza a la llanura imitando el paso del avestruz. Este animal, el avestruz, no se da cuenta del peligro y acude en son de pelea al encuentro del que considera intruso.

Figuremos cuál será la sorpresa del pobre animal al ver que debajo de las alas del que cree semejante suyo salen dos brazos, un arco y una flecha, que pocos segundos después va a clavarse en su pecho.

El avestruz muere recomendando con sus gritos a sus compañeros que emprendan veloz carrera, y el negro aquella noche come carne de avestruz, fruto de su ingenio.



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGAR

(Continuación.)

—¿Qué tienes, hombre?
—¡Estoy tan confuso..., el respeto..., la disciplina...!
—¡Vamos! ¿Qué tonterías estás hablando? Aquí no estamos a bordo.

—Verdad; pero aún en tierra sois nuestro capitán... nuestro...
—A callar y obedecer, si no quieres que te denuncie al tribunal de guerra por desobediencia a tu superior inmediato.

—¡Por vida de un campanario...! ¿Pues no estoy llorando como las comadres de Batz...? —exclamó el viejo bretón, abrazando al fin rudamente al barón—. Pero no temáis, son lágrimas de alegría.

—Entonces son de aquellas que consuelan el ánimo.
—Así es... Me siento feliz. ¡Mi comandante, si un día os hiciera falta la vida de un hombre, la mía..., contad conmigo; os la daré bendiciéndolos!

—Prefiero conservarla cuanto pueda.
—Si es a vuestro servicio, como queráis.

—Y ahora vosotros tres —continuó el barón, desasiéndose del maestre y tendiendo la diestra a Petifoque, Ulric y Jor—. Un buen apretón de manos, cual se merecen soldados fieles y valientes como vosotros. En cuanto a ti, Ulric, fijate que hay aquí alguien que reclama el derecho de abrazarte.

—Crasias, mi comandante —repuso el hessiano, volviéndose rápido para dejarse estrechar por su hermano Wolf—. Yo estar muy contento; yo ser seguro, ya te estar un tía cafiere.

Pasados los primeros momentos de expansión, y mientras los mandanos, ayudados eficazmente por los marineros americanos, entre los cuales formaba un puñado de aquellos famosos corsarios de las Bermudas, de quien no se habrá olvidado seguramente el lector, rechazaban furiosamente a los iroqueses, que se batían en precipitada fuga; Cabeza de Piedra, Petifoque, Jor y Ulric notaron que con el antiguo capitán de *La Tonante* y Wolf se hallaban otros tres personajes a quienes no conocían, pero que merecían ser examinados con interés.

El más notable era un hombre de arrogante presencia y estatura semejante a la de un granadero de Pomerania, como de cincuenta años, con aspecto de gentilhombre auténtico, al parecer francés, cuya persona respiraba lealtad, energía y valor, los tres mejores elementos para ganar desde luego las voluntades.

Tenía el rostro bronceado y algo enrojecido por el frío, facciones muy pronunciadas, ojos grises vivacisimos, jovial sonrisa, y llevaba el bigote y la barba al estilo de Richelieu. Vestía un gabán bien cubierto de magníficas pieles, pero de corte antiguo, y su sombrero tampoco respondía a los dictados de la moda.

De su costado pendía una espada larga, que podía haber pertenecido a alguno de sus antepasados, caballero del rey de Francia, y por la abertura de su gabán se veían asomar las culatas de copas de oro de dos gruesas pistolas.

El segundo personaje, digno de atención, era un hombre membrudo, sobre la cuarentena, con ancha faz rasurada, ojos pequeños y muy brillantes, boca constantemente entreabierta por una sonrisa de bondad, sereno, convidando a la confianza y a la familiaridad. Vestía todo de negro, bajo la pelliza, y no llevaba armas. Su aspecto era el de un abate, o el de un misionero consagrado a extender la religión cristiana entre los salvajes. Su resistencia física se hubiera dicho de hierro y de oro su salud espiritual; bastaba observarlo para convencerse de ello.

Estos dos hombres, tan distintos uno de otro, iban acompañados de un tercer personaje que compartía con ellos sus demostraciones de afecto. Este era un perrazo corpulento y fuerte como un becerro, fogoso y dotado por la naturaleza de un magnífico pelo largo, negro y lucido, que le preservaba a maravilla del frío y le daba un aspecto que despertaría la envidia de sus congéneres y el amor de las bellezas caninas.

Útil es decir que los tres desconocidos causaron una gratísima impresión en el ánimo de nuestros amigos.

Sir William Mac-Lellan, terminadas las primeras expansiones de cordial camaradería, y en tanto los mandanos, ayudados eficazmente

por los marinos, se dedicaban con ensañamiento a la persecución de los iroqueses, ya en plena desbandada, preguntó:

—Vamos, Cabeza de Piedra, ¿no te sorprende un poco verme por acá, cuando apuesto a que me suponías a cien leguas?

—¡Por el burgo de Batz...! —exclamó el bretón sacando del bolsillo su famosa pipa y cargándola de tabaco, después de cerciorarse de que se conservaba incólume—. Yo no sé, mi comandante, si vuestra presencia me sorprende... Lo que sí sé es que me llena de júbilo, porque la deseaba ardientemente. Preguntad si no a Petifoque lo que le decía hace poco.

—¿Qué decías, vamos a ver?

—Pues... ¡Cuerpo de mil campanarios...! Si estuviera aquí el capitán de *La Tonante*, con nuestros bravos corsarios, haríamos un bocadillo con todos estos pillastres de iroqueses y mandaríamos después a hacer compañía a los peces del Champlain a la flota inglesa y con ella al maldito...

—Continúa.

—Es vuestro hermano, comandante, pero no merece consideración.

—¡Bas diciendo...

—... al maldito marqués de Halifax.

—¿Se encuentra, pues, aquí?

—Poco nos ha faltado para apoderarnos de él.

—¡Ah!...

—Desgraciadamente, cuando abordamos su bergantín, él lo había abandonado para reunirse en una chalupa a los navíos del general Burgoyne, que cruzan al largo. ¿No oís? Deben de estar bien provistos de pólvora, para desperdiciarla así.

El barón había contraído el rostro al escuchar a Cabeza de Piedra y permanecía silencioso. El viejo bretón le puso en pocas palabras al corriente de los acontecimientos y de la situación.

—Nos volveremos a hallar frente a frente... —dijo de pronto con acento alterado sir William Mac-Lellan—. ¡Ah, es bien triste la suerte que quiere mantener tan mortal odio entre dos hombres por cuyas venas corre la misma sangre! ¡Sea así, pues! Otra vez se encontrarán nuestras miradas centelleantes de furor y de venganza. Otra vez se cruzarán nuestros aceros, buscando el cuerpo para herirlo de muerte. Pero será la última: uno sólo ha de salir vivo de esta lucha salvaje, uno sólo. ¿Quién sucumbirá? Eso está escrito allá arriba, en la mente de Dios. Pero si el vencido fuese yo..., amigos míos, si así fuese, os confío a vosotros, que me amáis bien, la defensa, la salvación de mi pobre Mary, pues ella todo lo preferiría a la malaventura de caer en manos del marqués de Halifax... Recordadlo bien...

Cabeza de Piedra descargóse tal puñetazo en la frente, que los huesos crujieron al golpe.

—¡Vencido vos...! —exclamó—. Vos, el comandante de aquella *Tonante* que por mucho tiempo mantuvo señorío en el mar de las Bermudas..., imposible...; es una suposición que haría tragar a cualquiera otro que se atreviera a formularla, aunque fuese más alto que el campanario de Batz. En cuanto a la baronesa Mac-Lellan..., con una seña bastaría para que cualquiera de nosotros se arrojae aunque fuera a un horno encendido para darle gusto, ¿verdad, Petifoque?

—¿Y cómo no? —repuso el gaviero con jovial entusiasmo—. Somos franceses.

—Y además yo soy de Batz.

—Y yo del Pouliguen.

Ulric, Wolf y Jor no decían nada; pero en sus conmovidos semblantes se notaba que hacían suyas las ideas de los dos marineros.

Durante el diálogo, el desconocido gentilhombre permaneció callado e inmóvil escuchando, mientras su compañero se entretenía tirando de las orejas al perro, olvidado, como los otros, de la batalla que aún se desarrollaba no lejos de allí.

En aquella tranquilidad indiferente, olvidadiza, había algo de arrogante, de heroico, que impresionaba, dando idea del ánimo de aquellos hombres probados a todo.

— Señores — continuó el hidalgo francés —, para evitar a Sir Wil-
lian Mac-Lellan la formalidad de una presentación en regla, que en
estos lugares y en tal ocasión sería absurda, os diré quién soy. va

—¡Cómo... —exclamó Cabeza de Piedra—, la baronesa está en el Canadá, y en un castillo del lago Champlain, no lejos de nosotros!...

PINOCHO DEPORTISTA

Divulgación deportiva.

El boxeo deporte de defensa natural.

Apena el ver cómo la inmensa mayoría de los mortales, creen, aseguran, que el boxeo es deporte de brutos, de salvajes. Pero preguntad, inquirid de esos que condenan el boxeo, y ninguno de ellos sabrá definir su valor real y positivo.

La humanidad admite el Gimnasio y sin embargo, condena la Sala de boxeo, que es su complemento, porque en el Gimnasio se desarrollan los músculos, y en la práctica del boxeo se desarrolla la energía moral, sin la cual la física no sirve para nada. Y esa energía moral que duerme en todos nosotros, es necesario despertarla para hacernos hombres de espíritu templado y masculino.

No vamos a ensalzar, como es natural, al boxeo espectáculo que está representado por seres fuertes que hacen de este noble arte pugilista su medio de vida. No, porque esto es una aberración, una degeneración de lo que es en sí el boxeo.

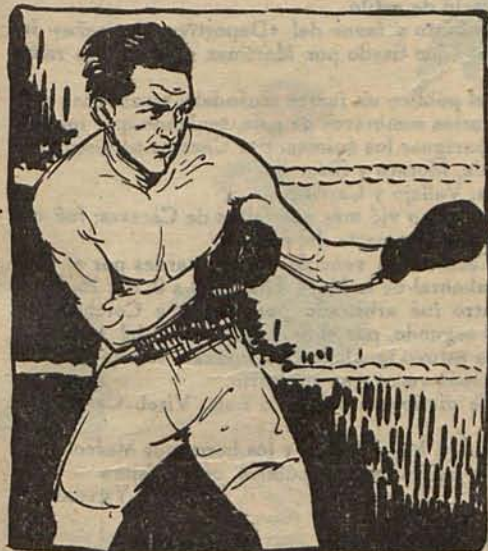
El boxeo, ese deporte que practica el buen aficionado con guantes rellenos de crin, de 10 a 14 onzas, que ni manejados por una



catapulta son capaces de producir daño. Ese deporte practicado entre amigos, sin rencores ni odios, en los primeros días os llegará a encorajinar; pero a medida que lo practiquéis, vuestro espíritu se irá templando, formando, y seréis hombres tranquilos, ecuanímenes y dueños en todo momento de vuestra tranquilidad y sangre fría.

Ese deporte es inmejorable física y moralmente considerado.

¿Que el boxeo sólo lo practican seres incultos? No es cierto. Ahí están los escritos de lord Byron y Maeterlinck que lo cantan, y confiesan estos dos



He aquí el famoso ex campeón mundial de los pesos medio-pesados, Georges Carpentier, reputado como uno de los hombres más conocedores de la ciencia pugilística. El ocase de Carpentier comenzó tras la derrota que obtuvo frente al senegalés Battling Siki, que le arrebató el título europeo que ostentaba. Su golpe favorito era el doble crochet a la mandíbula.

genios que lo practicaron con gran asiduidad. ¿Que el boxeo no es sano? Falso también. ¿No admitimos y hasta cantamos el atletismo? ¿Pues qué es sino atletismo el entrenamiento de boxeo?

La acción civilizadora del tiempo nos ha enseñado que la higiene es el arma más eficaz para combatir las enfermedades que en pequeñas porciones todos llevamos dentro. ¿Se quiere algo más higiénico que el paseo o la carrera matinal a través de los campos?, ¿que el ejercicio de golpear con rapidez a una pelota o «puchigball»?

¿Cuántos seres enlenques y entecos no se han vigorizado con el ejercicio del boxeo?

La resistencia adquirida con el ejercicio pugilístico influye poderosamente en la vida cotidiana del hombre, pues al mismo tiempo le enseña a defenderse y a respetar al prójimo, único medio de hacerse respetar a sí mismo.

Pienso y afirmo que nada más atinado que educar a los hijos física y moralmente, y para atender al primer aspecto nada mejor que el boxeo, teniendo especial cuidado de darles lecciones de prudencia y serenidad para que de él no hagan un mal empleo.

¿Queréis saber ahora a grandes rasgos, queridos Pinochistas, las ventajas morales y físicas que encontraréis practicando el boxeo? Pues bien. Con la confianza en vosotros mismos, en vuestras propias fuerzas, seréis tranquilos y nada pendencieros, no usaréis armas que la mayoría de las veces se emplean por miedo y estaréis serenos en los trances apurados de vuestra vida.

Desarrollaréis la vista aprendiendo el arte de medir las distancias. Adquiriréis la costumbre de la rapidez y la percepción. Cultivaréis el vigor, la fuerza y la destreza.

Antes de comenzar a practicar este deporte, conviene someterse a un reconocimiento médico.

Para los enfermos del corazón, por ejemplo, es muy peligroso.

El boxeo no debe comenzarse a practicar antes de los doce años. Los golpes en el boxeo deben darse con las dos manos, ahora que son más eficaces los que se dan con la izquierda.

Todo pugilista o boxeador debe cuidar en su combate de regularizar su esfuerzo, mantener la presencia de ánimo y la voluntad necesaria; por eso el pugilista, teóricamente, debe ser un hombre bien nivelado.

En el boxeo trabajan todas y cada una de las partes integrales del hombre.

¿Métodos o escuelas de boxeo? Dos: el inglés, boxeo a distancia, y el americano, de cerca, casi en el cuerpo a cuerpo.

Más elegante y vistoso es el primero, más eficaz y más de acuerdo con nuestro temperamento fogoso de meridionales el segundo.

¿Cuándo empezó el boxeo? Homero y Virgilio nos hablan en sus crónicas de unas luchas muy semejantes. En Grecia, pueblo originario de todos los deportes, Platon nos habla de Amycus, Rey, gran pugilista, que fué vencido por Pollux. Como todos los deportes, quedó immortalizado en unos bajorelieves del Partenon de Atenas.

Al principio se combatió con los puños desnudos; después, se emplearon unas correas.

En España tuvo su origen reglamentado en Barcelona, después de unas exhibiciones celebradas en el pabellón Soriano en 1908.

Reglas: Las primeras, base de todos los reglamentos, son las del marqués de Queensberry. Hoy los reglamentos están más ampliados.

De lo que se cuidan todos los reglamentos es el establecer los golpes prohibidos, que son todos los dirigidos debajo de la cintura y espalda del adversario.

Un encuentro puede terminar por puntos o fuera de combate.

Hay nueve categorías de boxeadores, según los pesos.

Y ahora, para terminar como lo ordenan las leyes periodísticas, ahí va una anécdota.

¿Sabéis cómo aprendió a boxear Frittmmons? Veréis. Un día sus padres le enviaron a un recado, y al pasar frente a un campo de fútbol donde se estaba jugando un partido, entró, y ya una vez dentro, ¿quién se resiste al deseo de darle una patadita al balón? Nuestro hombre así lo hizo; pero un defensa, un hombre muy alto y muy bruto, propinó al intruso un terrible pescocón.

Llegó Frittmmons tarde a su casa, como es natural, y el padre repitió la faena del futbolista.

Frittmmons, para poder en lo futuro repeler toda agresión, comenzó a entrenarse, y a los diez y ocho años quedaba campeón amateur (aficionado) de Nueva Zelanda, después de haber vencido a cuatro adversarios en una tarde.

Dux.

Los equipos «Pinocho».

Zamora también puede ufanarse de tener su equipo «Pinocho», formado por Venancio Hernández, Hernández (J. L.), Madrazo, Paniagua, Madrazo (J. L.), Roig, Aguado, Díaz, Hernández, Mielgo. Capitán, Carlos Mielgo, Santa Clara, 63. Y los desgraciados que se pongan ante ellos dirán, modificando el romance:

Con once luché en
[Zamora,
y los once me pegaron.

Y en Cintruénigo se ha formado otro bando Pinochista así: Bermejo, Raudez, Navascués, Ayala, Basarte Navascués (P.), Martínez, Navascués (A.), Chivite, Rincón, Arroyo y Garbalo, y se titula «Pinocho Club Arbonero».

En San Sebastián se ha formado otro bando así: Cirera, Puerta, Sánchez, Pastor, Urrestavasu, Uranga, Caballero, Iturrizaga, Gemia, Elosegui, Atustain.

Los de Azpeitia, por no ser menos, también se agrupan bajo la



Eugenio Criqui, el famoso ex campeón mundial ex combatiente de la Gran Guerra. Como Carpentier, Criqui ha sido uno de los púgiles más científicos del mundo. A partir de la derrota que le infringió el año pasado Darnay Furch, Criqui ha emprendido su descenso pugilístico. El golpe célebre de Criqui era el crochet de izquierda.

bandera de Pinocho, y forman un equipo así: Zubicaray, Albrecht, Alberti, Usabiaga, Albrecht (Juan), Nazabal, Eguiguren, Astigarraga, Cariarda, Ayerbe y Keller; el capitán es este último, que vive en la calle de Arzubia, 24.

Y en Ribadeo también se forma otro bando así: Fernández, Barreiro, Grada, Lorenzo, Margollos, Zanuy, Prada, Pulpeiro, Margollos (A.), Pérez.

Correspondencia deportiva.

Para Hidalgo.—¿Qué quieres, que se de tus señas para recibir retos y desafíos? ¡Eres un valiente! Pues bien. Hidalgo vive en Cabeza de Buey, Sacramento, 10. Y ahora... ¡en guardia!

Para Padura y Congosto.—Dirigirse al «Pinocho Sporting Club», Rosario, 2.

Para los cuatro aragoneses.—Eso es muy sencillo. Ya hemos anunciado a otros Pinochistas que quieren formar equipo. Escribirlos e *tuti contenti*.

Para C. L. V.—Tus fotos no sirven; son demasiado pequeñas.

Para Enrique.—Si has visto a varios Pinochistas malagueños que van a formar un equipo, ¿tienes más que sumarte a ellos?

Para Ramos.—¡Lo mismo te digo a ti, barbián!

Reseñas y resultados deportivos.

(SERVICIO ESPECIAL DE NUESTROS CORRESPONSALES)

Málaga.

Se celebró en el campo del «Malagueño» un encuentro entre los equipos «Deportiva Ferroviaria», de Madrid, y el «F. C. Malagueño».

Desde las primicias del juego, el «Malagueño» presenta ante su enemigo un juego rebosante de arte, y los de la «Ferroviaria» hacen otro tanto, teniendo ocasión el público que presenciaba el partido de aplaudir con entusiasmo las magníficas jugadas que hacen.

Los de la «Ferroviaria», que pensaban hallar a su enemigo menos dominador del juego, le dan ocasiones de lucirse, pues cambiando el modo de jugar, ya con la cabeza, ya un juego bajo y peligroso, se llevan una gran decepción al ver cómo estos muchachos no se quedaban atrás y hacían monerías con el baloncito.

Consecuencia de esto fué que los del «Malagueño» hicieran dos goals por cero los de la «Ferroviaria».

Al día siguiente jugaron un segundo partido los de la «Ferroviaria» con el «Málaga F. C.»

A las órdenes de Requena se alinean:

Por la «Ferroviaria»: Oliván, Monasterio, Juan Antonio, Cuervo, Peña, Soletto, Hilario, Sáez, Martínez, Blasco y F. Gómez.

Por el «Málaga»: Santizo, León, Fuentes, Vides, Casado, Pardo, Kuster, Huelius, Pedrós, Vallerias e Ingunza.

Empieza el juego y éste se desarrolla a mayor velocidad por parte de los madrileños, y después de varias jugadas elegantísimas, la portería malagueña es perforada por el balón, lanzado por Blasco.

Los malagueños inician el ataque a sus contrarios en forma tal, que el público prodiga los aplausos a este equipo como al de la «Ferroviaria», que se defiende admirablemente.

Por cuatro veces consiguen los malagueños lanzar el balón dentro de la portería ferroviaria, y, en cambio, Santizo no puede parar un tiro del interior derecha madrileño, que se convierte en tanto.

Termina el partido con el resultado de 4 a 2 a favor del «Málaga».

MELENITAS.

Valencia.

Selección «Italiana del Piamonte», 2. «Valencia F. C.», 4.

Por tener poco sitio diré nada más cómo se produjeron los seis goals de la tarde.

Matteo sirve bien el balón a Cattanes, que se interna veloz, y aprovecha una indecisión de Reyes para marcar el primer goal de la tarde para los italianos.

Molina entrega el ataque, y por un tiro rápido y distante obtiene el Valencia el goal de empate.

Caszino hace un buen pase a Baloncieri, que avanza en tromba y luego, de un admirable cambio de pies logra el segundo y último goal del «Italia».

El segundo goal del «Valencia» lo obtiene Cubells al rematar un flojo despeje de Morando a un centro de Arroniz.

Molina pasa a Arroniz, centra éste y Montes «dribla», quedando solo ante Morando, obteniendo el tercer tanto para el «Valencia». Después, una gran combinación mete el cuarto goal Montes.

Segundo partido. Selección «Italiana Piamonte», 1. «Valencia F. C.», 4.

El goal italiano lo marca Baloncieri en un arranque personal, en el que burla a Garrobé y a Llovet; queda solo ante Cano, que se lanza a sus pies, siéndole imposible parar el balón.

Pino entrega el balón a Roca, que «shoota», parando Laguino y acosándole la delantera «Merengue», que consigue arrebatarle el balón, marcándose así el goal de empate.

Por un pase soberbio de Amorón marca el «Valencia» el segundo goal.

Cubells hace un gran pase a Montes que, de forma incomparable, marca para el «Valencia» el tercer goal.

Y... Montes consigue el cuarto y último goal.

El partido estuvo bien.

JOSÉ SÁNCHEZ SETTIER.

En Cáceres.

El «Sport Club» de Badajoz vence al «Deportivo Cacerense», de Cáceres, por 2 a 1.

El primer tanto fué a favor de «Sport», el medio derecha del «Sport», en una arrancada formidable. Martínez le sujeta, concediendo el árbitro golpe franco, el que tirado se convierte en goal.

El segundo tanto, también a favor del «Sport», fué de ejecución superior, aunque careció de estilo.

El primero y único tanto a favor del «Deportivo Cacerense» fué origen de un «corner», que tirado por Martínez muy bien es rematado por Jake.

Se produjo entre el público un fuerte escándalo, cruzándose estacazos y ruptura de varios sombreros de paja, teniendo que intervenir la policía para apaciguar los ánimos. Por Cáceres se distinguieron Toribio, Moraleda, Morato y Siso.

Por Badajoz, Vaca, Vallejo y Carrillo.

El árbitro, muy mal, y no vió más que faltas de Cáceres; fué origen de muchas protestas por parte del público.

El «Atenas», de Cáceres, es vencido en dos tardes por el «Moralo F. C.», de Navalmoral de la Mata. Día 25, 2 a 0; día 26, 2 a 0.

El primer encuentro fué arbitrado por D. Jesús Corchon, del «Moralo F. C.», y el segundo, por el Sr. Languardía, del «Atenas»; en ambos encuentros estuvo igualadas las fuerzas, siendo el «Moralo» el que dominó más veces a su contrario.

Por el «Atenas» se distinguieron Díaz, Luis, Virel, Calderón y Billota.

Por el «Moralo F. C.», Melo, Simón y los hermanos Marcos.

Los árbitros bien e imparciales; el público, correctísimo.

YILUSAN.



El veraneo de los animales.

Aquí tenéis a una pareja de elefantes que como el más vulgar de los burgueses toman su baño diario en el estanque del Parque Zoológico de Londres. En el fondo y no desprovistos de cierta envidia se ve a la multitud curiosa.

Foto MARÍN.

NIÑO SERPIENTE

NIÑO SOL

(Cuento Armenio)

La gran pena del Rey estaba en no tener hijos. Inútilmente había llamado a todos los médicos y sabios. Como ninguno supo auxiliarse, procuró distraer su pena en la cacería. Las aves, los venados, las montañas y las selvas eran, desde hacía tiempo, los únicos seres y los únicos lugares que le procuraban cierta alegría.

Una vez vió en el campo una serpiente que dormía enlazada a sus pequeños. Se detuvo a contemplarla y dijo para sí, con cierta envidia:

—¿Por qué, Señor, no me concedes a mí lo que a una serpiente? ¿Por qué me dejas sin herederos?



Y véanse las cosas. Véase qué prodigio. Poco después la Reina tuvo un niño; pero un niño rarísimo, con medio cuerpo de criatura y medio de serpiente. Se dió la noticia al Rey y éste ordenó que metieran al niño en un pozo, fuera de la ciudad.

Los médicos y la gente de buen sentido que vivían en aquel pueblo aconsejaron que no dejaran morir a la criatura, y que para alimentarla le dieran a comer, cada mañana, una niña recién nacida. Cuando fuese mayor se le subiría la ración, y en vez de una niña se le daría una muchacha. Así se convino y así se hizo.

El niño-serpiente llegó a ser hombre y un día le tocó de alimento la hija de un hombre muy humilde. Este hombre se había casado por segunda vez y tenía dos hijas: una, de la mujer difunta, y otra, de la nueva. La madrastra, en cuanto supo que iban a llevarse una niña de su casa, le dijo al marido que diera la suya. El marido respondió: «La mía, no; la tuya». Pero como las mujeres salen ganando siempre en tales disputas, quedó condenada a morir la hijastra. Todo se preparó para el día siguiente. La pobre niña pasó casi toda la noche llorando; pero cuando se durmió oyó que le decían en sueños: «No tengas miedo. Dí a tu padre que ponga junto a ti, en el pozo, tres cubos de leche. Coge también un cuchillo y que tu padre te envuelva en una piel de mulo y te cuelgue por la cintura en la boca del pozo. La serpiente dirá: «Sal de tu piel de mulo para que yo te pueda comer». A lo que tú contestarás tres veces: «Sal de tu camisa de serpiente para que yo te lave en la leche». En seguida la serpiente cejará su camisa, tú cortarás con el cuchillo la cuerda, caerás al fondo del pozo, te despojarás de la piel de mulo y la lavarás con leche.»

Al despertar, la chica fué corriendo a su padre y le contó el sueño. El padre se creyó obligado a respetar aquello como si fuese voluntad divina. Preparó las cosas, condujo a su hija al sitio indicado y la colgó del pozo.

Llegó la serpiente. Comenzó a gritar. La chica le contestó lo que debía. La serpiente se rompió la vestidura de rabia. La chica en seguida cortó la cuerda y cayó de boca en el pozo, rompiéndose un diente. Después de lavar al joven con leche se puso a hablar con él. Pero en aquel momento llegó el padre de la niña. Se asomó por la boca del pozo a ver si los sueños de su hija se habían realizado, y al ver que estaba viva y hablando con el joven fué corriendo a decirselo al Rey.

El Rey acudió con la Reina y toda la corte. Mandó sacar a los jó-

venes del pozo, los llevaron a palacio, se festejó el acontecimiento y se les casó.

A los pocos días estalló una guerra y no tuvo más remedio que partir para ella el joven recién casado. Antes de irse le dijo a su madre que no dejase salir de la casa a su mujer bajo ningún pretexto, aunque lo pidiese la madrastra.

La reina le respondió que no tuviese cuidado.

Pero en el corazón de la madrastra habían penetrado todos los demonios del infierno: no podía resignarse a ver la felicidad de aquella niña que no era la suya. Fingió, pues, un vivo deseo de verla. Se presentó ella misma en palacio a pedir que la dejaran salir e hizo que el padre fuese también a pedir lo mismo. En fin, los ruegos fueron tantos, que la Reina consintió.

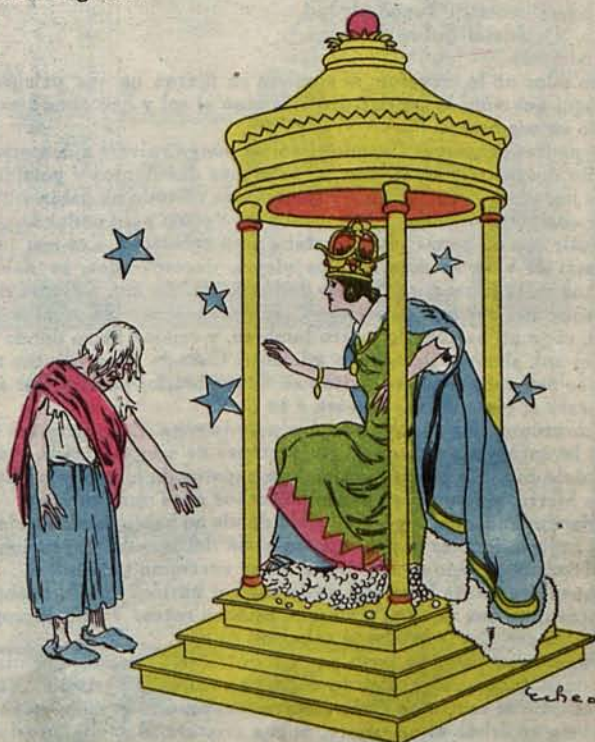
Al llegar la muchacha a su casa antigua dispuso la madrastra ir al río a lavar con sus dos nenas. Fueron allá, lavaron y después se sentaron a descansar junto al agua. Sin perder momento, la mala mujer le dió un empujón a la que no quería, y la pobre cayó al río y fué llevada por la corriente hasta el mar. En seguida vistió a la otra con los buenos trapitos de la desaparecida y la envió a palacio.

Pero veamos lo que le sucedió a la que se fué río abajo. La desgraciada se pudo defender gracias a un barril que flotaba en el mar. Con él, y empujada por las olas, logró alcanzar la orilla de una tierra desierta. Puso pie en tierra y caminó mucho tiempo sin ver huella de ser humano. Tan pronto dirigía sus rezos al cielo como se sentaba a llorar, o emprendía de nuevo la marcha. Como estaba desnuda, arrancó unas matas y cubrió su desnudez. Luego siguió caminando.

De repente descubre una cabaña chiquitita, hecha con ramas entrecruzadas. Se acerca tímidamente, sin hacer ruido, mira por entre las ramas y distingue a un joven acostado y dormido. Sentóse a la entrada de la cabaña y esperó.

El sol se puso. El joven despertó y no pudo creer a sus ojos. ¿Qué era aquello? Creyéndose víctima de una visión diabólica hizo varias veces la señal de la cruz; pero la bella mujercita no se iba.

—¿Quién eres tú? —le preguntó—. ¿Cómo y por qué has venido a estos lugares?



Ella, entonces, le contó su historia. Cuando la hubo acabado contó la suya al joven.

—Yo soy el hijo de un hombre célebre y riquísimo. No me faltaba nada en casa de mis padres. Empleaba mi tiempo en pasear y en ir de cacería. Una vez, habiendo estado cazando tres días seguidos, sin coger una pieza, fué tal mi coraje, que dije: «Mañana, en cuanto salga el sol, cogeré mi arco y le tiraré en la frente al astro rey». Yo quería matarlo. No me importaba nada que se viniera al suelo y el mundo se quedase sin luz. Lo que me importaba era vengarme del sol, mi enemigo en la cacería. Estaba ya con el arco dispuesto a disparar, cuando un rayo de luz me traspasó los ojos y una mano de fuego me agarró de los cabellos y me puso en esta isla. Desde entonces estoy condenado a no ver su luz. Por esta razón duermo en la cabaña mientras el sol alumbra; si saliese, moriría. De noche salgo y busco lo preciso para comer.

Los dos se quedaron a vivir en la cabaña. La mujer trabajaba de día y el hombre de noche. De este modo, la compañera del hombre-serpiente vino a ser la compañera del hombre-sol, y poco tiempo después, la suerte les anunció un niño. Entonces el hombre-sol escribió a sus padres lo siguiente: «La que lleva esta carta es vuestra nuera. Tenedla con mucho mimo, pero no buscadme. No puedo ver la luz del sol, ni entrar en mi pueblo, ni en mi casa antigua. Si lo intentase moriría, por que pesa sobre mí una maldición». Puso esta carta en manos de su mujer y la acompañó en su camino hasta donde pudo, pues necesitaba volver antes del alba.

La nuera dió la carta a su suegro. Este la leyó, y al saber que su hijo estaba vivo no quiso oír otras razones de ninguna clase; lo que le importaba a él y a todos los de casa era buscarlo. Gracias a que la nuera insistió en el peligro de muerte que corría su marido si le alcanzaba la luz del sol.

A los pocos días nació el niño. Entonces la madrecita compuso una canción para dormirle, en la cual contaba todas las desgracias que le habían ocurrido. Y —cosa notable!— cuando terminaba de cantar, se oía en el silencio de la noche una voz que le respondía. Ella pudo reconocer, desde la primera vez, que aquella voz era la de su marido, el cual no podía entrar.

Pero no fué ella sola quien oyó la voz: la oyeron también los suegros y se figuraron que alguien rondaba a la nuera. Mucho trabajo le costó a la pobre quitarles esta idea de la cabeza. Al fin tuvo que decirles que era su propio marido, el cual venía todas las noches empujado por el amor de su hijo.

—No le hagáis entrar, sin embargo, porque sería su muerte—les dijo.

—Eso no es verdad—respondieron—. En todo esto hay encerrado algún misterio.

Y no discutieron más con la nuera; pero cuando estuvieron solos pensaron: «Esta noche vamos a sorprender al que sea. Si es nuestro hijo, se llenarán de alegría nuestras almas; si es un desconocido, daremos a nuestra nuera lo que se merece».

Y en efecto: llegó la noche y se oyó la voz. Salieron y lograron sorprender y agarrar al individuo: era el hijo.

—¡Dejadme ir, dejadme ir! Si al nacer el sol no estoy en mi cabaña caeré muerto. Tened piedad de mí. ¡Dejadme! Sobre mí pesa una maldición.

Pero ellos no le creyeron, ni siquiera se fijaron en sus palabras; y he aquí que vino la luz del día, que vino el sol y que el hijo cayó muerto en sus brazos.

Los padres pensaron: Cuando el sol se ponga volverá a despertar. Pero no despertó; y en la casa no hubo más que llantos y gemidos. Todos lloraban. Pero ¿por qué? ¡Si después de todo no había muerto por completo! Realmente no estaba vivo como para poder hablar y discutir con él, pero tampoco estaba para enterrarle. Era una cosa rarísima: ni vida ni muerte. Los viejos, desesperados, se daban porrazos en la cabeza, se tiraban de los pelos. Al fin, la madre oyó en sueños una voz que le decía: «Levántate, calza unos zapatos de hierro, coge un bastón, de hierro también, y camina hacia donde se pone el sol, siempre derecho y adelante. Cuando veas que tus zapatos se han roto y que tu bastón se ha quebrado, párate. Por allí cerca está el remedio que salvará a tu hijo.

El corazón de las madres está lleno de ternura. En cuanto fué de día se levantó, y sin pensar en obligaciones de ninguna clase, abandonándolo todo, se procuró un par de zapatos de hierro y un bastón de hierro, y se puso en camino. Muchos años duró su viaje.

Andando, andando llegó a un sitio donde no había hombres blancos ni negros, árboles ni bestias; era el fin del mundo. Lejos todavía, divisó un palacio de mármol azul; se encaminó hacia él.

Apenas llegó ante la puerta, se le cayó el bastón y se le quebró. Entonces miró sus zapatos y vio que estaban rotos. Ya no le cupo duda: aquí era donde estaba la salud de su hijo.

Atravesó las puertas; pasó por un vestíbulo y después por otro, hasta doce, todos adornados de columnas; miles de estrellas dormían allí. En el centro de cada vestíbulo había una gran pila; pero no se veía un árbol, ni un pájaro, ni una criatura. Reinaba un silen-

cio absoluto. En el vestíbulo central había un kiosco de oro, y dentro de él una reina sentada sobre una nube de perlas. La reina resplandecía. La pobre madre del niño-sol se detuvo, teniendo los ojos espantados y la cabeza como una noria en movimiento.

Pero la reina le dijo con palabras amables:

—Muy desgraciada debes ser cuando has venido hasta estos lugares a costa de tantos sufrimientos. Dime tu pena; puede ser que yo tenga un remedio.

—Soy madre, respondió la mujer. He venido a pedirte un consejo. ¿Cómo podré devolver la vida a mi hijo?

—Tu hijo es malo—respondió la reina—. Yo soy madre también; soy la madre del sol. El calor y la luz de mi hijo es el que da vida a la tierra; y tu hijo ha querido tirarle una flecha al mio. Por eso está maldito. Está condenado a quedar sin la luz del sol, viviendo sin vivir del todo y muriendo sin morir del todo.

—Soy madre, volvió a gemir la mujer. Sufro mucho. Por cariño a mi hijo hice este viaje. Yo te lo ruego; por el amor de tu propio hijo, dime, ¿cómo he de salvar al mío?

La reina tuvo compasión y dijo:

—Muchos hijos gozan de la vista del sol gracias a sus madres, aunque no lo merecerían. Vamos a ver: ocúltate detrás de esos astros, porque mi hijo va a venir pronto y no conviene que te vea. Después de entrar en la fuente para bañarse, saldrá del agua y vendrá a beber la leche de mis pechos. En cuanto veas que mi hijo está tomando la leche, coge una botella y llénala en la fuente donde él se haya bañado. Rociando ese agua sobre tu hijo, se curará.»

Poco después llegó el sol. En seguida se sumergió en el agua con todas sus flechas y rayos. Los demás astros que allí había se levantaron a saludarle. Después la Reina le dió la mano y le hizo salir del agua, le acostó en su cama y le dió la leche. La mujer llenó su botella y salió del palacio como si la empujase un huracán. Llegó a su casa, roció a su hijo con el agua maravillosa y le hizo volver a la vida.

Este suceso extraordinario corrió de boca en boca y llegó hasta los rincones más difíciles del mundo. De todas partes vinieron gentes a oír contar el prodigio y a ver a los personajes que habían intervenido en él.

Y sucedió que entre ellos vino el niño-serpiente.

Hacía mucho tiempo que estaba de vueltas de la guerra. Cuando llegó a su palacio y abrazó a su mujer notó que no tenía el diente de oro que le pusieron después de la caída en el pozo.

Comprendió en seguida lo que había pasado: que la madrastra había sustituido a su hijastra por su hija, habiendo hecho, ¡Dios sabe qué!, con la mujer legítima. Sumamente afligido resolvió visitar a la madre del niño-sol, para ver si ésta sabía dónde estaba su esposa.

El niño-sol acogió en su casa al niño-serpiente con toda amabilidad.

Durante la comida contó su historia el recién llegado, y como la nuera servía la mesa, oyó la historia, sonrió y dejó ver su diente de oro.

El niño-serpiente se fijó en ella y reconoció a su mujer.

El niño-sol hizo a su vez el relato de su vida; el hallazgo de su mujer.

¿Cómo iban a salir de aquel conflicto? ¿Quién tenía más derechos a llevarse la mujer? Para resolver el problema discurrieron lo siguiente: darían de comer a la mujer un guiso de carne asada con mucha sal y picada en trozos pequeños; saldrían los tres a dar un paseo por el campo, a caballo, y cada uno de los hombres iría provisto de un vaso de agua. Como los guisos de mucha sal provocan la sed, pronto pediría agua. Pues bien: aquel a quien se dirija pidiéndole agua será definitivamente el esposo.

Conforme a esto se hizo. Salieron al campo. La mujer llevaba en brazos a su niño. Se la conocía en la cara una gran preocupación: no quería causar daño al uno ni al otro. Iba aguantando la sed por no decir el nombre de uno sólo; pero llegó un momento de terrible angustia, en que la lengua le abrasaba y sentía un fuego mortal por todo el cuerpo. Antes de caer al suelo, enferma de sed, gritó: «¡Niño-sol! ¡Niño-sol!»

El niño-sol se bajó del caballo, y radiante de alegría se dispuso a darla de beber. Pero en aquel mismo instante gritó la mujer: «¡Niño-serpiente! ¡Niño-serpiente!»

El niño-serpiente bajó de su caballo y cogió el vaso para darla de beber.

La joven estaba de pie y entre los dos. Había llegado el supremo instante.

Volvió el rostro hacia el niño-sol y le dijo: «Toma este niño; te pertenece. En cuanto a mí, estoy casada con el niño-serpiente.»

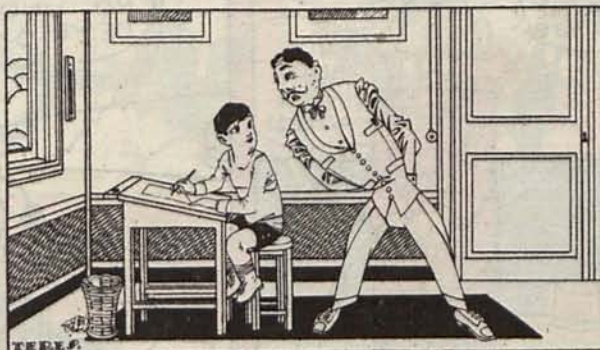
Y sin decir más agarró el vaso que le tendía el niño-serpiente, bebió de él y se alejaron cogidos del brazo.



B U E N O S Y M A L O S



—No puedo resistir al deseo de fumarme este cigarrillo. ¿Tiene usted la bondad de darme una cerilla...?



—¡Pero, hijo mío, cuántas faltas de ortografía estás poniendo!

—Perdona, papá; pero es que tengo una pluma tan mala, que no sé ni lo que escribo.



—¡Ahora cómo van a creer los señores que yo soy el ama seca!



—Oye, chacha, cuando va a llover ¿por qué se esconde el sol? ¿Lo hace para no mojarse?



—Pues sí, señor; aunque ustedes no lo crean soy muy corta de vista. ¿Ve usted ese pollo que mira en el escaparate?

—Sí, señora; le veo perfectamente.

—Pues yo no le veo ni gota.



—¿Y estos son sus gemelos, D. Blas?

—Estos son mis gemelos, señor González.

—¡Ay, D. Blas!, pues más que gemelos me parecen impertinentes.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALFUYAS DE MACACO Y PITORRO



Don Tigre-Kan "El rayado"
aun no se ha desayunado.



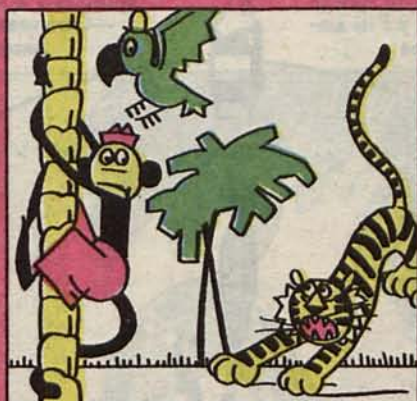
Cerca de él, jugando alcorro
están Macaco y Pitorro



Cuando mas alegres van
aparece Tigre-Kan



Y quiere el tigre feroz
desayunarse a los dos



Por librarse de la fiera
se suben a una palmera



Despues de muchos apuros
se encuentran al fin, seguros



Debajo de la palmera
Tigre-Kan, sentado espera



Tanto esperar le ha aburrido
y se ha quedado dormido



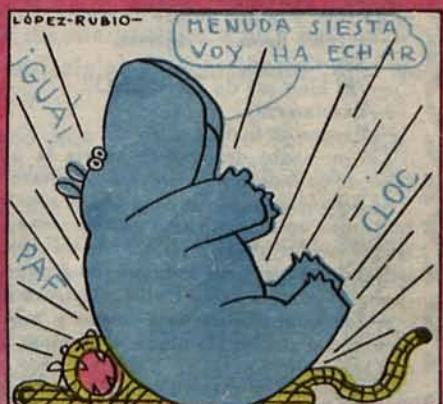
Mientras está roncando
Macaco, lo va pintando.



Y Tigre-Kan "El rayado"
resulta "El cuadrícula do"



Mientras descansa la fiera
Don Hipopotamo llega



Y su peso tan atroz
aplasta al tigre feroz

LAS GRANDES ENTREVISTAS

PITI, EL PAYASO

Yo hubiera querido que todos mis lectores me hubieran acompañado a visitar a Piti, el payaso famoso, en su habitación del circo.

Y digo eso, porque lo más importante de esta entrevista era algo que yo no puedo escribir: los gestos tan pintorescos que hacía al hablar levantando y bajando las cejas, encogiendo las naricillas como un conejo, y moviendo las orejas como cuando los caballos se quitan las moscas agitando nerviosos la piel de las nalgas.

Primero estuve sentadito en mi butaca del público, para ver la labor de Piti en el redondel. Y cuando le tocó salir, después de un orangután que montaba en triciclo y saludaba al público con su sombrero de copa, Piti apareció con otro triciclo, imitando en los gestos y en la marcha pesada al gran mono.

Después le tiraban desde lo alto un balón inmenso, y dando cabezazos lograba devolverlo al agujero del techo.

Se caía, daba bofetadas, decía chistes, tocaba el acordeón con los pies poniendo la cabeza para abajo y las manos en el suelo, hacía mil diabluras más, y para marcharse le ofrecía la mano a un espectador, y lo que le daba era el guante. El espectador lo cogía, y Piti empezaba a andar hacia atrás. Y tenía tantos metros el guante, que el payaso había desaparecido por la puerta de los artistas sin acabárselo de quitar, y el caballero lo tenía todavía cogido, con una mano de madera dentro.

La gente se reía con esas chirigotas de Piti, y le aplaudían.

Yo me levanté de mi butaca y me fui al cuarto del clown, para tener el gusto de entrevistarlo.

Era muy curioso ver los pasillos y los cuartos que habían dejado abiertos.

En uno estaba el orangután, ya con su traje de orangután —es decir, en pelo— comiendo dátiles y tirando los huesos a una bailarina que estaba acabando de peinarse. Y el caso es que la bailarina regañaba al portero, creyendo que era él.

En otro cuarto estaba un gimnasta templando sus músculos con unas pesas de dos bolas cada una. Los bíceps de sus brazos se le ponían duros y redondos como los hierros de las bolas.

Por fin llegué al número 5, que era el cuarto de Piti, y di dos golpes discretos.

—¿Quién llama? —dijeron.

—Soy Chonón.

—¿El niño ese de PINOCHO?

—Exactamente.

—Espera un instante.

Un momento después se habría la puerta, y Piti, con su traje de payaso, me recibía con un gesto alegre.

—Perdóname que te haya hecho esperar. Pero es que, tanto porque eres niño, como porque vienes de ese periódico, yo tengo mucho gusto en recibirte de clown. Y como me estaba quitando el traje, me lo he vuelto a poner.

—¿Le gusta a usted trabajar delante de la chiquillería?

—Ese es el público más bueno y más inteligente. Cuando se oye que se ríen los niños, dan ganas de estarse toda la noche trabajando.

—¿Está usted contento de ser artista de circo?

—Sí, sí. Yo quisiera hacer una sociedad con todos los payasos, gimnastas, bailarines, elefantes, perros, músicos, equilibristas, focas, domadores y caballitos del mundo que trabajan

en circos, y comprar para nosotros una isla lejana y abandonada.

—¿Y eso, para qué?

—Para que nos acostumbráramos a una vida especial. Todos deberíamos ir con trajes de artistas: con las mayas de los equilibristas, los gorritos de los clowns, las faldillinas de las monas... En vez de árboles, barras fijas y columpios... En vez de palmatorias, todos con la vela en las narices... De allí saldríamos para los circos de Madrid, Londres, París, Buenos Aires, Lisboa, Méjico...

—No estaría mal esa isla, ya que la gente de circo son ustedes siempre gentes especiales. Y dígame: ¿por qué se hizo usted payaso?

—Por una razón muy graciosa: porque mi padre hizo obra en casa, y dejaron un montón de arena en el jardín. Mis hermanos y yo dábamos el salto mortal; pero yo no lo tomaba en serio, y me ponía cucuruchos de papel en la cabeza. Los vecinos se asomaban a las ventanas para verme hacer tontunas, y yo me fui aficionando a esos aplausos y a esos halagos.

—Otra cosa. ¿Qué es lo que más le gusta a usted hacer?

—¡Oh! De joven hacía lo que no ha hecho nadie: ir de pie en el sillín de una bicicleta, dar un salto mortal y caer de pie otra vez en el mismo sitio. Pero fui a hacerlo con una bicicleta nueva, y al caer me tiró una coxa y fui al suelo. Ahora ya no tengo músculos, y me conformo con decir chistes.

En efecto. Al decir esto Piti, recuerdo el diálogo que ha tenido en la pista con el jefe del circo, y que tanto ha hecho reír. Decía el jefe: «¿Pero ya está usted aquí?» «Sí, señor; vengo a hacerle pasar un buen rato». «Marchese —insistía el jefe— porque no me hace usted gracia». «Yo vengo todos los días —contestaba Piti— a hacerle pasar un buen rato». «¿Pero qué rato es ese tan bueno que me hace usted pasar?» Y el payaso respondía: «¡Bobo! Cuando me marchó al fin...»

—Para terminar —le digo—: ¿Quiéreme contar alguna anécdota de su vida de circo?

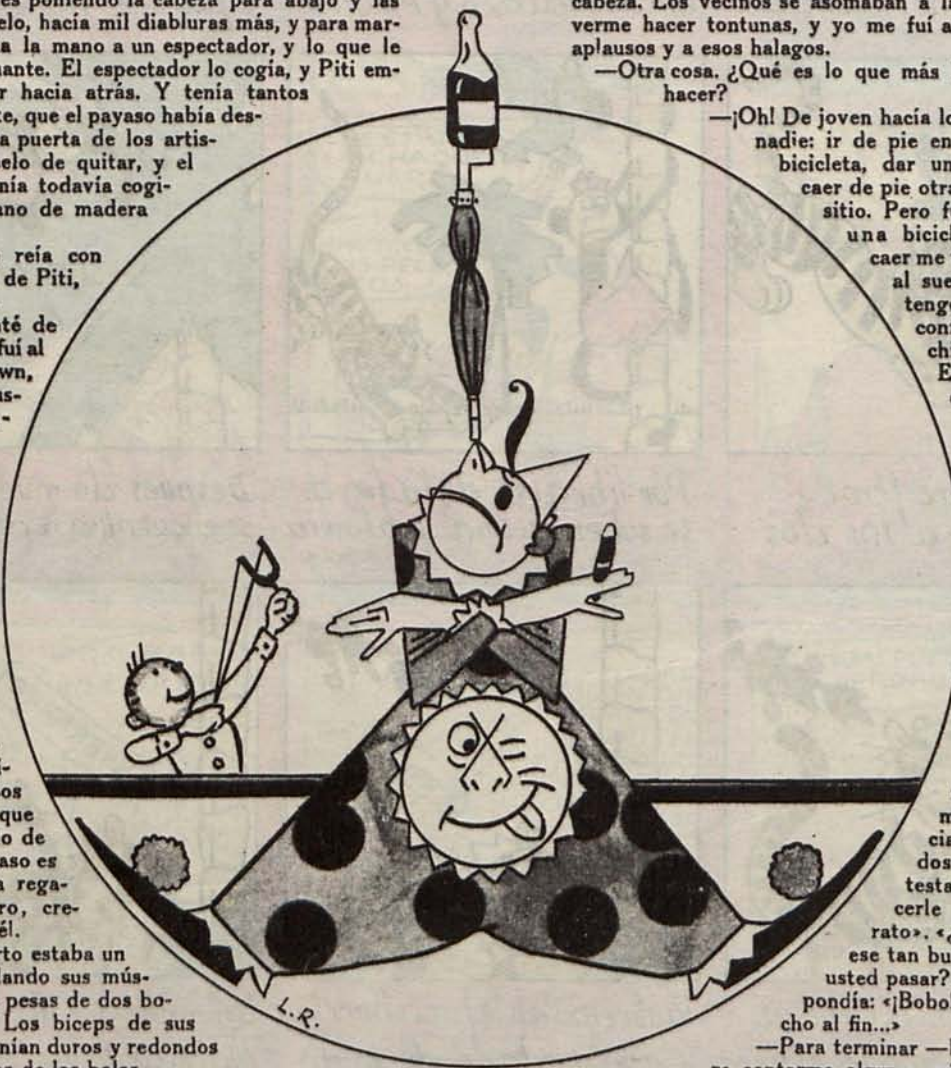
—Ahora recuerdo una: En cierta ocasión había un niño en sillas de pista. Debía estar él solito viendo la función. Yo andaba luciendo mis habilidades de equilibrista; sobre mi nariz había una sombrilla cerrada, una botella llena, una antorcha encendida y un balón de colores. De pronto estalla la botella de champán con un ruido espantoso, se me cae todo encima, me calo y grito la gente asustada por el ruido. Yo me hecho a reír, el público cree entonces que ha sido una broma mía, y rompe a aplaudirme... y yo saludo. Pero el niño se pone de pie en la silla, y grita: «Señores: no le aplaudan a él. Es que yo le he tirado un perdigón con el tirador». Me fastidió el chavalito, porque los aplausos fueron para él entonces.

—¿Le guarda usted rencor?

—¡Cál! Le recuerdo con verdadero cariño. Podía haber sido, él también, un admirable artista de circo. ¿Sabes lo que hice? Le di un beso, y le dejé la cara empolvada toda la noche.

Entonces yo, para despedirme, le doy la mano como esos niños antipáticos y seriecitos. El caso era librarme del manchón del beso.

CHONÓN EL CURIOSO.



HISTORIAS DE ANIMALES

LA SERPIENTE

Vamos a cazar una serpiente; cuanto más larga, mejor.

No os dé miedo. Yendo conmigo no hay ningún peligro, y además podéis estudiar la vida de los reptiles. Por lo pronto, la serpiente tiene excelentes cualidades que debemos imitar: se muda frecuentemente de camisa y no canta el pasodoble de «La Bejarana». ¡Cuántas personas no pueden decir lo mismo!

Nos vamos al Brasil en el primer barco que pase.

Por el camino nos entretendremos en echar al agua barquitos de papel y en pescar delfines. La pesca de los delfines es muy fácil. Como ellos mismos se salen del agua para dar su doble salto mortal, no hay más que cogerlos por la cola en el aire e irlos echando en un cesto. Cuando el cesto está lleno, nos vamos a pregonarlo por todo el barco.

—¡Quién quiere delfines! ¡El bonito regalo para el nene y la nena! ¡A real la pieza! ¡Vivos, vivitos!

Y la gente se volverá loca, porque por un real ¿quién se va a privar de tener un delfín en su casa? Aunque come mucho, no hace mal en una salita, y hasta si se le enseña, puede servir para hacer recados.

Una vez en el Brasil, saldremos para la selva virgen inmediatamente, después de habernos enterado de hacia dónde caen las mejores serpientes.

Como son muy grandes, tan grandes que a veces se pueden comer un buey, están casi siempre aletargadas haciendo la digestión.

Nos acercamos a ella. No creais que somos unos cazadores tan poco expertos que vamos a matar a la serpiente, aprovechándonos de su propio sueño.

No; lo que haremos será sacar el reloj y decir:

—¡Las doce y media! ¡Vaya unas horas de estar durmiendo! ¡Parece mentira!

La serpiente se despertará, y muy azorada por esta reconvencción se levantará para ir a lavarse al río.

Después volverá.

—Es que anoche me acosté muy tarde —dirá para justificarse.

Ens eguida nos haremos amigos de ella, contándole cosas.

—¿Sabes? Hemos estado en Sevilla. La mejor calle es la de la Sierpe.

Esto le halagará mucho.

—¡Si vieras qué Carnaval tan divertido el de este año! ¡Cuántas serpentinas! ¡Qué bonitas!

—¿Sí? —dirá la serpiente, encantada.

—Ahora hay un torero nuevo que viene pegando: «El Culebrilla».

—¿Mejor que el «Lagartijo»?

—¡Mucho mejor! ¡No hay comparación!

Cuando ya seamos muy amigos de ella, le haremos que se acuerde de algunas cosillas.

—Oye, no te olvides de que pasado mañana es viernes.

—Está bien; no me olvidaré.

—Será mejor que te hagas un nudo para acordarte mejor.

Y ella, la pobre, por darnos gusto, se hará un nudo.

—¡Ah! Que te acuerdes de que los signos del Zodíaco son doce.

—Procuraré, procuraré...

—Hazte otro nudo.

Así le iremos advirtiendo algunas cosas más, y pronto no será más que unos nudos. Entonces, como ya no podrá arrastrarse, la cogemos y la metemos en una sombrerera.

Y vuelta a casa.

En casa nos ocuparemos de desatar los nudos.

Ya sabéis lo difícil y lo pesado que es.

Luego, cuando ya esté estirada, la podemos tener en ca sa

en el jardín, para que no entren ladrones. Pero no, mejor será no hacerlo, porque si está atada, como no sabe ladrar los ladrones entrarán tan tranquilos. Y si está suelta, a lo mejor le da por comerse a la vecindad.

En último caso, si no le encontramos otra ocupación podemos colgarla de una ventana a otra del patio para secar la ropa o venderla al Ayuntamiento como manga de riego.

Pero esto último nos sería más doloroso. En tanto tiempo le hemos tomado cariño y nos dolería mucho venderla para un oficio tan húmedo.

La alquilaremos nada más; y los domingos, si ha sido buena, la llevaremos de paseo y luego al cine.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



PROGRAMA
PARA HOY

El mono
tunante
¡sensacional!

GRAN CINE



EL MONO TUNANTE

Los grandes periódicos de Kirikondia daban la noticia de que se había cometido un robo monstruoso.

Del escaparate de una joyería había desaparecido una perla grande, como un huevo de paloma, que llamaba la atención de la gente. Y era el caso que el cristal estaba completamente intacto, y el joyero, llamado don Pantaleón Roto, no había soltado la llave nunca.

El dueño, que titulaba a la tienda «La Gran Perla» por motivo de la soberbia joya, avisó por teléfono a la Policía.

—¡Ay! ¡Por Dios! ¡Que vengan en seguida a buscar esa joyita de mi alma! —decía en el aparato.

Los policías investigaron: examinaron el cristal, la cerradura, la llave... Interrogaron a los dependientes, al sereno de la calle... Preguntaron al guardia de la porra que había en el cruce de las calles si había visto algo sospechoso.

—No, señores —dijo—. En el escaparate siempre había gente detenida para ver la perla, hasta el punto de tenerlos yo que apartar con la porra para que no me interrumpieran la circulación. Pero no parecía gente maleante.

El dueño de la tienda dijo:

—El caso es que nadie ha visto de cerca la llave, porque no quiero que nadie copie sus dientes rarísimos.

—¿Y usted no cree —le preguntaron— que le puedan haber quitado la llave para ejecutar el robo?

—No lo creo. Yo me cierro en mi cuarto para dormir y ato el llavero con cadenas a una pata de la cama.

Entonces interrogaron al sereno de la tienda, que estaba detenido como sospechoso.

—¿Usted conoce la llave del escaparate?

—No la he visto jamás.

—¿Sabe usted cuánto valía esa joya robada?

—Sí, señor. Muchas veces le he oído decir al amo que valía unos 100.000 francos. Yo miraba la joya con un respeto terrible. Si yo me hubiera hecho ladrón tampoco la hubiera robado, porque tocarla me da miedo. Yo se lo aseguro a ustedes...

La Policía pensó en seguida, como siempre, en las huellas dactilares; pero allí no veían señales de dedos por ninguna parte. Lo cual les desconcertó completamente.

De ahí que se encargara de este asunto al importantísimo detective mister Róffor, dispuesto siempre a los casos difíciles.

El cual tuvo en seguida una inspiración: se acercó al escaparate, por la calle, y examinó el cristal por las orillas, sospechando que los ladrones hubieran quitado la luna y la hubiesen vuelto a poner.

Pero el señor Róffor había fracasado en esa idea, puesto que el cristal estaba firme.

Después tuvo otro temor. Llamó al dueño de la joyería y le dijo:

—Yo sospecho que usted sueña.

—Me parece que no.

—Yo sospecho que usted se ha robado la joya a sí mismo.

—Me parece que no. Además estarían las huellas de mis dedos.

—No lo crea usted. Los grandes ladrones roban con guante. Y usted, que tantas veces piensa en cómo podría maniobrar en su casa la mala gente, en sus sonambulismos lo ha hecho con todo el esmero. ¿Me comprende?

—Le comprendo, pero yo me permito resistirme a creerlo.

—Bien. Yo le observaré a usted. Del sereno no me fio, porque usted inconscientemente sabrá burlarle.

□ □ □

Tres noches pasó el detective a la puerta del dormitorio, sin que el sonámbulo apareciera. Tampoco había que pensar en que se descolgara por el balcón, que pertenecía a un quinto piso de una fachada lisa.

Entonces sucedió que, cuando don Pantaleón se levantó al tercer día, del escaparate faltaba el más rico par de pendientes, tasado en 80.000 francos.

El pobre mister Róffor se fué a su despacho, encendió su pipa, y empezó a pasear más de prisa que un tren y echando más humo que un mercancías.



Estaba desesperado. Había fracasado.

Entre tanto el joyero, que era un hombre muy avaro, mandó poner una cerradura más rara que la otra y se ató la llave con una cadena a la cintura, con la cual se acostaba en la tienda.

Y tres noches después del segundo robo desapareció una linda joya del escaparate: un collar de perlas, tasado en 90.000 francos.

Ya no pudo más el dueño del establecimiento y se echó a llorar.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Las tres mejores joyas de mi casa! ¡La perla amada, a la que yo llamaba mi hija mayor! ¡Mi gran collar, al que yo llamaba mi mujercita! ¡Mis pendientes queridos, que eran como dos hijitos gemelos! 270.000 francos de familia perdidos! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

El detective leyó el periódico y se tiraba de los pelos, y paseaba más de prisa y echaba más humo. Si antes hubiera parecido un tren mercancías, ahora era un tren expreso.

Y entonces vino la solución del problema.

Don Pantaleón tenía un loro, de bellas plumas verdes, que todo lo hablaba.

Al principio se limitaba a decir:

—¡Lorito real! ¡Lorito real!

Luego se pasaba el día diciendo:

—¡Chocolate al lorito! ¡Chocolate al lorito!

Y por último decía:

—¡Bueno, o me dan chocolate o doy un picotazo a alguien!!

Pues bien: ese lorito, al ver cómo lloraba don Pantaleón, se le quedó mirando con un ojo, luego con el otro, y quitándose con su patita una lágrima, le dijo:

—¡Ay, don Pantaleón, cómo te tima el Sultán!

El Sultán era un mono que tenía el joyero para que diera miedo a los ladrones. Se lo había vendido un señor diciéndole:

—Mire usted, caballero, muy barato le vendo este orangután. Enseña los dientes a los ladrones. No le robarán nunca.

—¿Cuánto quiere usted por él?

—Muy poco, 100 francos.

—No le doy más que 25 —dijo don Pantaleón.

—¡Eal Ya es de usted.

□ □ □

Al oír el joyero lo que le decía el loro Pirris, telefoneó de nuevo:

—Oigan ustedes; que vengan dos agentes de Policía a detener a mi mono, que es muy mono y muy tunante.

Los dos agentes le cogieron por los codos y le llevaron al Juzgado. Los periódicos publicaron luego un anuncio que decía:

«Se necesita un intérprete para monos.»

En seguida se presentó un joven domador, que había sido conserje de una casa de fieras.

El intérprete se cerró con el animal traidor.

□ □ □

Al principio, el mono se negaba a hablar, imitando que no entendía al intérprete.

Pero al segundo día lo dijo todo.

—Bueno —exclamó—, te lo contaré, si me prometes defenderte ante el juez.

—Venga.

—Yo fui cazado con lazo y me llevaron a una casa misteriosa, donde un mono viejo, al servicio de unos hombres de mal aspecto, me enseñó a robar, aprovechándose de mis grandes condiciones de imitador. Un hombre me vendió como guardián; pero yo era un pillo.

—¿Cómo robaste?

—Salí de la tienda por la gatera. Para llegar al balcón del amo, que estaba entornado, subí por el cable del pararrayos hasta el tejado y descendí brincando de balcón a balcón. Yo llevaba alicates para desprender la llave del llavero. El sereno de la tienda no sospechaba de mí, al contrario. Entonces robaba y escondía la joya en las pajas de mi cama, hasta que veía a mi verdadero amo pasar por la calle. Así se la entregaba.

□ □ □

El juez dijo al intérprete:

—Anuncie usted a Sultán que puesto que imita muy bien, le voy a enseñar a que suba, durante toda su vida, ladrillos a las obras. Ese va a ser el castigo.

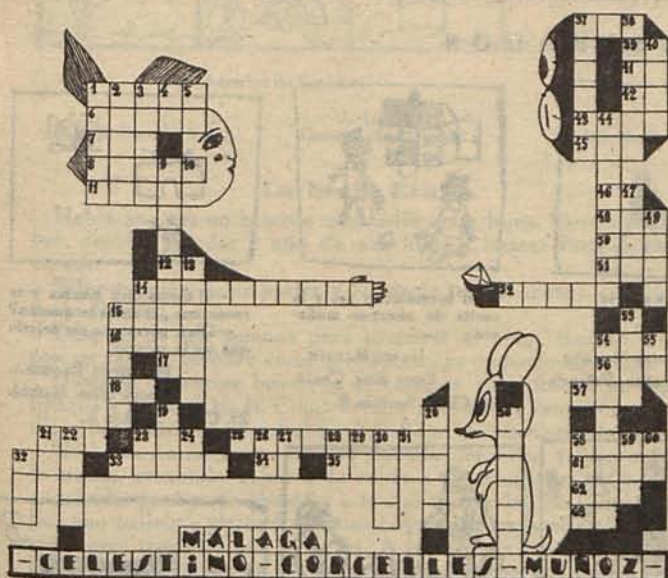
Sultán trabajó como un buen hombre toda su vida.

¡HA TERMINADO!

CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

Pirula y Currinche.



HORIZONTALES

1. Nombre propio musulmán.—6. Tierra sin cultivar.—7. Verja.—8. Villa de la provincia de Soria.—11. Poner al fuego.—12. Interjección.—14. Atascarse las ruedas de un vehículo.—15. Leproso.—16. Ayuntamiento de Navarra.—18. Sé.—21. Soberano.—23. Preposición.—25. Botones.—32. Título de dignidad.—33. Arbol del Paraíso.—34. Conjunción.—35. Despreciable.—37. Título de dignidad en Abisinia.—39. Contracción.—41. Letra.—42. Contracción.—43. Villa de Cáceres.—45. Embrollo.—46. Preposición latina.—48. Extremo grueso de las antenas.—50. Interjección.—51. Personaje de la H. Sagrada.—52. Tonto.—54. Solamente.—56. Ciudad de Finlandia.—57. Constelación anstral.—58. Villa de Alicante.—61. Cuadro.—62. Acto.—63. Pronombre.

VERTICALES

1. Hierba.—2. Plural de una medida agraria.—3. Cierta constelación anstral.—4. Adverbio.—5. Contracción.—9. Ave de Venezuela.—10. Letra.—13. Villa de Guipúzcoa.—14. Apócope.—15. Cinta de zapato.—19. Preposición.—20. Remate del árbol en los molinos de papel.—21. Interjección.—22. Especie de polea.—23. Interjección.—24. Conjunción.—26. Artículo.—27. Nota.—28. Verbo.—29. Negación dicha en andaluz.—30. Extrañeza.—31. Verbo.—32. Paga en metálico que se da al soldado.—36. Muy simpática.—37. Tela de hilo usada antiguamente.—38. Pex de las Antillas.—40. Simple.—44. Irregular.—47. Río de la América Meridional.—48. Coleta pequeña.—53. Sotana.—54. Violinista navarro, siglo XIX.—55. Artículo.—58. Constelación anstral.—59. Lo que hace el pájaro.—60. Verbo.

CELESTINO CORCELLES.
Málaga.

39. P. Sección B.

Jeroglífico.



PILAR GILLIS YUSTE.
Trece años. Guernica.

41. P. Sección B.

Las naranjas.

Un hombre tenía a su mujer enferma, y el médico le dijo: tienes que ir al huerto del tío Felipe y coger cierto número de naranjas. Al salir encontrarás un guarda, y le darás la mitad más media de las naranjas que hayas cogido, sin partir ninguna. Al segundo guarda le darás la mitad más media, sin partir ninguna, de las que te queden, y al tercer guarda la mitad más media del resto, también sin partir ninguna, y te quedará una naranja, que se la comerá tu mujer y sanará.

¿Cuántas naranjas cogió?

ANTONIO ESTEBAN.
Catorce años. Madrid.

43. P. Sección B.

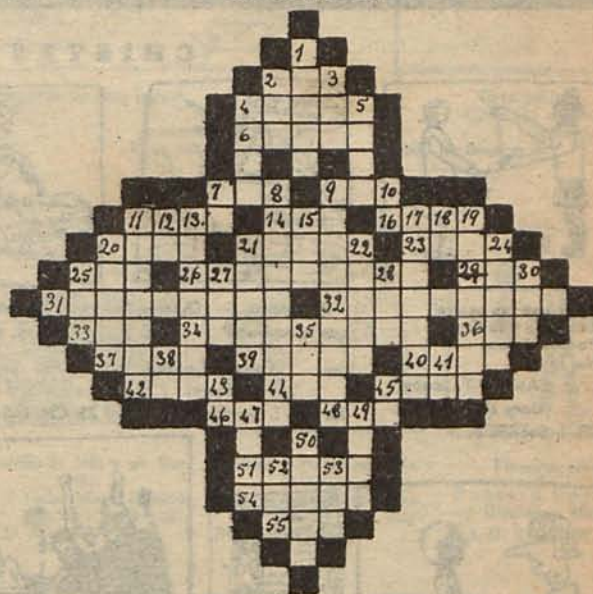
El número 36.

A ver si algún Pinochista me dice cómo podrá dividirse el número 36 en cuatro partes de manera que, sumando a la primera parte el número 2, o restando el 2 de la segunda parte, o multiplicando por 2 la tercera parte, o dividiendo entre 2 la cuarta, la suma de la adición, resto de la sustracción, el producto de la multiplicación y el cociente de la división, sean iguales o den por resultado un mismo número.

CARLOS FRÍAS.
Catorce años. El Bonillo (Albacete).

46. P. Sección B.

La estrella.



HORIZONTALES

2. Tiempo.—4. Título de nobleza.—6. Destroza.—7. Hogar.—9. Usado por albañiles.—11. Faz.—14. Pronombre.—16. Droga.—20. Tela.—21. Trae un asunto a la memoria.—23. Óxido de hierro.—25. Daño.—26. Hecharemos sal.—29. Personaje bíblico.—31. Retrasados.—32. Márcamelas.—33. Título religioso.—34. Los que doran.—36. Estropeado.—37. Dijo que no.—39. Quiérelle.—40. Dios del Amor.—42. Masa encefálica.—44. Animal.—45. Letras.—46. Tiempo de verbo.—48. Personaje bíblico.—51. Roedores.—54. Tiempo.—55. Letra.

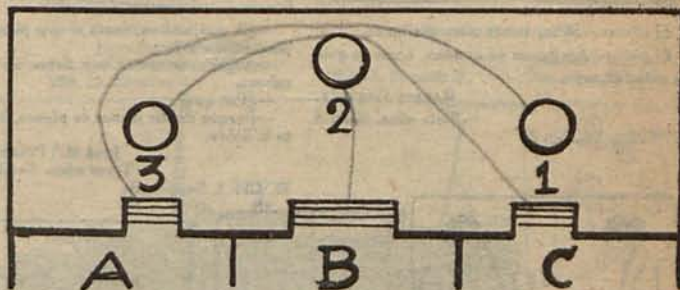
VERTICALES

1. Emperador romano.—2. Signo aritmético.—3. Centro calorífero.—4. Traje de casa.—5. En la leche.—7. Nota.—8. Pasamos.—9. Instrumentos culinarios.—10. Artículo.—11. En el estío.—12. Naípe.—13. Apenas coloreados.—15. Título religioso.—17. Tiempo de verbo.—18. Marchar.—19. Escucharemos.—20. Nombre propio.—21. Pueblo de Málaga.—22. Querré.—24. Estropeadas.—25. Medida de tiempo.—27. Personaje quimérico.—28. Escucha.—30. Pronombre.—35. Entregas.—38. Letra.—41. Nota.—43. Exclamación.—45. Preposición.—47. Fluido transparente.—49. Nombre extranjero propio.—50. Rey de los Hunos.—52. Cuervo.—53. Sujete.

CARMEN PEREDA. MARÍA LUISA HUGAS.
Catorce años. Catorce años.
Madrid.

40. P. Sección B.

Los pozos.



He aquí un patio con tres pozos. Estos pozos, por razones que no son del caso exponer, surten de agua: el número 1, a la vecina de la casa A; el número 2, a la de la casa B, y el número 3, a la vecina de la casa C. Como estas vecinas son muy revoltosas, porque andan siempre a la greña, el casero se ha visto precisado a cercar los caminos que conducen a los pozos con espino artificial. Claro está que estos caminos no han de cruzarse.

¿Cómo lo consiguió?

LUIS FLORES DE LOSADA.
Doce años. Segovia.

Charada.

Mi primera es vía de gran comunicación, que transporta el pensamiento de una a otra región. Mi segunda y tercera, si la buscas con cuidado, la encuentras en los amantes y también en los casados. Y mi todo no te asombre, pues es un nombre de hombre.

OSCAR BETANCOURT SUCKE.
Once años. Barcelona.

44. P. Sección B.

Jeroglífico

500. TA. 50. ESPADAS. TA. 50. EN LA BARAJA. TI. 50. NOTA MUSICAL. PEDRO RUIZ ROSO. Cabeza de Buey.

45. P. Sección B.

Una rebusca.

TOMÁS, LANGA Y HALEANOS. Combinense las letras que forman este nombre y apellidos para obtener un refrán castellano.

L. LASTRA.
Madrid.

47. P. Sección B.

Charada.

Mi 'primera con segunda', para defenderse es. Mi 'tercera', en mi pueblo, a todas horas lo ves. Y mi 'todo', es tan necesario para mí como el comer.

TOMÁS GÓMEZ.
Trece años. Talavera de la Reina.

48. P. Sección B.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

CHISTES ILUSTRADOS



—¡Qué joya tan bonita!
—Es de oro y brillantes.
—Pues será cara.
—No, es cruz.

ADRIÁN TALEGÓN.
Once años. Madrid.

21. CH. I. Sección B.



El pajarito. — ¿Quieres que te reviente?

GERMÁN LASTRA.
Lugo.

22. CH. I. Sección B.



Pinocho se fué a la guerra ay, ay, no se si volverá.

VICENTE MAROTO.
Nueve años. Valencia.

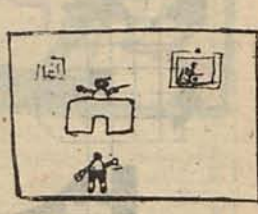
23. CH. I. Sección A.



Mi hermanita y yo, y la casita de nuestros muñecos.

ISABEL MARTÍN.
Once años. Ceuta.

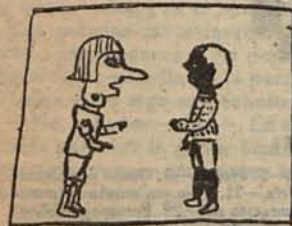
24. CH. I. Sección B.



—Si tienes diez muelas y te sacan una ¿cuántas te quedan?
—Diez, porque no me dejaría que me la sacaran.

MILAGROS REQUENA.

Nueve años. Madrid.
25. CH. I. Sección A.



—¿En qué se parece una huerta a un Instituto?
—¿...?
—En que hay calabazas.

GONZALO ALVAREZ.
Once años. Madrid.

26. CH. I. Sección B.



—¿Qué haces, Currinche?
—Aquí demostrando mi ortografía.

G. L.

27. CH. I. Sn. B.



—¿Qué hace usted dentro de la bañera con una fiebre tan alta?
—Como me dijo usted, doctor, que tomase los sellos dentro de un poco de agua...

A. Z.

Doce años. Barcelona.
28. CH. I. Sección B.



Pinocho. — Vida mía, me paso el día contemplando tu retrato.
Cristiana. — Y yo, amor mío, deseando llegue el domingo para recibir el tuyo.

CRISTIANA MORA.

13 años. Tortosa.
29. CH. I. Sn. B.



—Mi dentista me ha cobrado cinco duros por sacarme una muela.

—Y a mi cien pesetas por ponerme otra.
[Así se hacen de ricos, porque la que a mi me ha puesto es la que a ti te ha sacado!]

JOSÉ JIMÉNEZ.

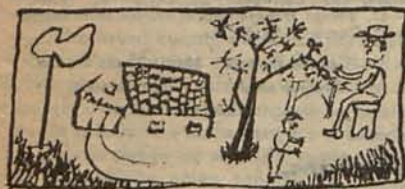
Catorce años. Sevilla.
30. CH. I. Sección B.



El colmo de una cocinera es poner tafetán a la leche por si se corta.

JOSÉ INSAUSTI.

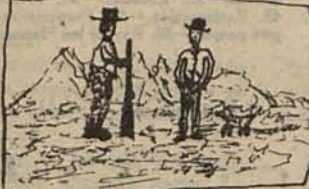
Diez años. Madrid.
31. CH. I. Sección B.



El cliente. — Niño, tráete unas aceitunas.
El chico. — Aceitunas no quedan, como no quiera usted olivas...

RAFAEL GIMÉNEZ.
Siete años. Madrid.

32. CH. I. Sección A.



—¿A qué está expuesto el que piensa poco las cosas?
—A que se le monte una liebre en la cabeza.
—¿Por qué?
—Porque donde menos se piensa, salta la liebre.

JOSÉ M.ª PIÑAR.

Trece años. Sevilla.
33. CH. I. Sección B.



—¿En qué se parece un sabio a un acróbata?
—¿...?
—En que el sabio tiene sesos, y el acróbata sesos... tiene.

ELENA CUADRADO.

Doce años. Badajoz.
34. CH. I. Sección B.



—Rosita, ¿adónde vas tan de prisa?
—A comprar PINOCHO, y después a misa.

ROSARIO FERNÁNDEZ.

Doce años. Madrid.
35. CH. I. Sección B.



—Antonio, ¿te has fumado mis pitillos?
—Sí, señorito, ya le pedi permiso para fumar.
—Sí, pero de tu tabaco.
—Es que para fumar de mi tabaco no necesito pedir permiso.

BASILIO FERNÁNDEZ.
Doce años. Sevilla.

36. CH. I. Sección B.



Un señor entra con un sordo en un café.
El camarero. — ¿Qué va usted a tomar?
El señor. — Nada.
—¿Y usted? (Dirigiéndose al sordo).
—Lo mismo que mi amigo, pero con patatas.

M.ª RITA FERNÁNDEZ.

Diez años. Madrid.
37. CH. I. Sección B.



—¿En qué se parecen los teatros a las farmacias?
—En que en el teatro hay palcos, y en la farmacia pal-cospitado, lo que quieras.

VICENTE LARRAZ.
Catorce años. Zaragoza.

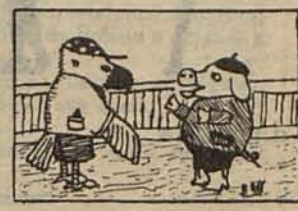
38. CH. I. Sección B.



—¿En qué se diferencia una criada de Mozambique?
—Pues que la criada sólo es moza, y la ciudad moza...mbique.

MANUEL MARTÍNEZ.

Doce años. Almería.
39. CH. I. Sección B.



—Oye, aguilucho, tu hermano el otro día me llamó cerdo, y no hay derecho.
—Puede que te lo haya dicho con razón.

EMILIO ROIG.

Quince años. Madrid.
40. CH. I. Sección B.



La calle más tranquilla de Madrid.

El atropellado de la izquierda. — Espera, chófer, me quitaré para no estorbar.
El atropellado de la derecha. — Y yo sin desayunarme. ¡Qué mala pata tengo!

CATRO OGAITUAS.
Catorce años. Valderas.

41. CH. I. Sección B.



El profesor. — Juanito, ¿cuál es la fiesta mayor del año?
—El día que en mi casa se mata el pollo.

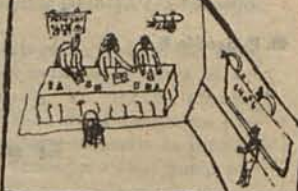
ADOLFO SÁNCHEZ.
Nueve años.

42. CH. I. Sección A.



—Papá, ¿sabes por qué ha desaparecido el dulce?
—No sé, hija.
—Pues porque se lo he dado a un pobre muerto de hambre.
—¿Y quién era ese pobre?

—Yo, papá.
MAGDALENA CANTILLO.
Diez años. Sevilla.
43. CH. I. Sección B.

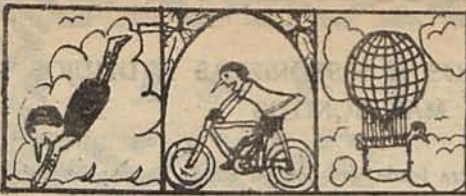


En un examen:
—¿Qué es un monomio?
—Un mono que compro con mi dinero.
—¿Por qué?
—Porque es un mono-mio.

ANTONIO VILLALBA MARÍN.
Catorce años. Andújar.

44. CH. I. Sección B.

DIBUJOS



Los deportes de Pinocho.

200. D. Sección B.

V. LATORRE.
Catorce años. Madrid.



El de las botas de siete leguas.

201. D. Sección B.

ALBERTO DE MAGUA.
Doce años. Navalperal.



Gran premio.
GONZALO DE MUERGAZA.
Biarritz.

202. D. Sección B.

La bruja Bruna.

Había una vez un hombre que tenía doce hijos. Siendo muy pobre, decidió mandar a uno de sus hijos a buscar fortuna por el mundo.

Rifaron quién debía partir y la suerte tocó al menor, que se llamaba Perico.

Después de una semana para preparar el viaje, marchó Perico con un saco al hombro en el que llevaba su pequeño equipaje.

Después de varias horas de camino, se encontró en un espeso bosque y penetró en él. Como estaba rendido de cansancio se tendió a la sombra de un árbol y se quedó profundamente dormido.

No había dormido mucho rato cuando despertó, y bien entrada la noche, creyendo haber oído ruido a su alrededor; no se había engañado, pues pudo observar a la claridad de la luna, unos enanillos que bailaban alrededor de una hoguera, desapareciendo al poco rato como tragados por la tierra. A la mañana siguiente corrió al lugar donde había visto los enanos, y pudo observar, no sin asombro, que entre las cenizas había un papel que decía:

Si quieres buscar fortuna
ve a la casa de la vieja Bruna;
para llegar a ella
sigue por esta huella.

Más asombrado aún, vió que las cenizas de la hoguera continuaban en forma de trillo. Siguió por él, y a las pocas horas de camino se encontró con una casucha, que supuso sería la de la vieja Bruna.

No atreviéndose a entrar por el frente, se subió a la chimenea y pudo observar que en el centro del cuarto había una olla de agua hirviendo, en la cual una horrible bruja se disponía a echar a doce bellas princesas. Perico, queriendo salvarlas a toda costa, y sabiendo que la bruja estaba en la cocina, no vaciló en entrar por la puerta. En la primera estancia vió sobre una mesa un libro abierto que decía: la muerte de la bruja depende de quien le dijera con voz firme este verso:

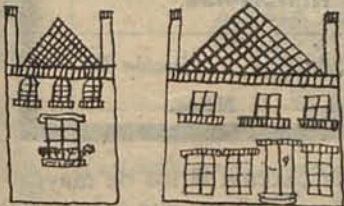
Por maltratar la princesa
morirás, siendo presa.

Lleno de alegría corrió a la cocina y repitió el verso con voz firme. En el mismo instante la bruja desapareció quedando en su lugar un montón de monedas de oro.

Después de dar libertad a las princesas marcharon de ahí, y cada una se casó con un hermano de Perico, viviendo todos muy felices.

34. C. Sección B.

FLORA LÍA ALVARADO.



Dos fachadas de mi casa de verano.

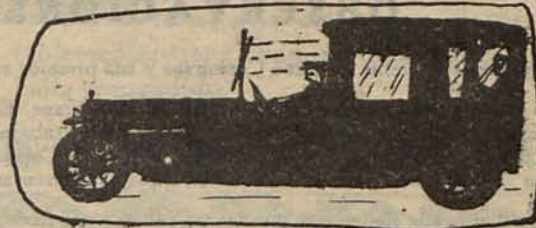
210. D. Sección B.

LOLITA FERRO.
Once años. Orense.



El auto de mi tío.
MANUEL NIETO MOLINA.
Nueve años. Madrid.

211. D. Sección A.



El auto de mi amigo.

206. D. Sección B.

CÉSAR MARTÍNEZ.
Doce años. Madrid.

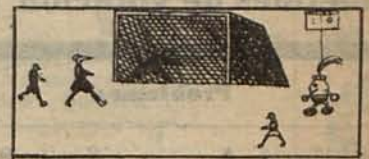


Pinocho.
M.ª ANGELES IGLESIAS.
Diez años. Madrid.
Lugo.
207. D. Sn. B.



Curriñche.
JUAN ALBERTO MORALES.
Cinco años. Valencia.

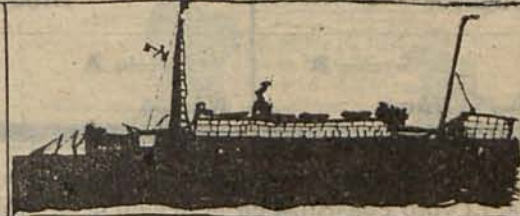
208. D. Sección A.



Pinocho hace «gol».

209. D. Sección B.

ENRIQUE MOLES.
Diez años. Madrid.



Buque iluminado.

212. D. Sección A.

CARLOS FERNÁNDEZ SABATER.
Nueve años. Madrid.



Si no me compras
PINOCHO! me comeré los bizcochos.
CARLOS LEHURDAE.
Ocho años. Madrid.
213. D. Sección A.

HISTORIETA



Cierto día Periquín a su casa fué enfadado por no encontrar PINOCHIN.



Mas al médico llamaron, y sin saber lo que hacer se marchó muy asustado.

13. H. Sección A.



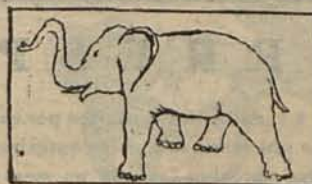
El pobre, al día siguiente, se puso bastante malo y le dieron te caliente.



Y el médico se volvió ehocho al ver que su mejor receta era llevarle el PINOCHO.
CARMENCITA ESPINOSA
Ocho años. Madrid.



Don Juan Delgado.
LUIS GARCÍA DE MARCO.—Nueve años. Madrid.
214. D. Sección A.

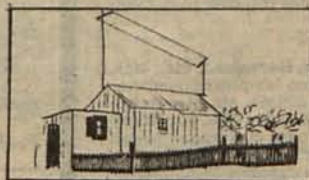


El elefante Pizarro.
CONCEPCIÓN ALVAREZ.
Diez años. Madrid.

215. D. Sección B.



Pinocho, aviador.
ANGELITA TORREMARÍN.
Siete años. Madrid.
216. D. Sección A.



Casa americana con radiotelefonía.

M.ª DEL CARMEN SOLER.
Diez años. Barcelona
217. D. Sección B.

Pinocho.
A ti Pinocho te llaman porque tu carne es de pino, mas yo sé que aunque eso digan, eres muñeco instruido. Y en ese libro que has hecho, tan ameno y tan bonito, que sale semanalmente para darnos regocijo, en ese libro, repito, nos enseñas lo que sabes, a la vez que nos deleitas con cuentecillos suaves.

S. SIMÓ.
Doce años. Valencia.
21. CH. Sección B.

19 CONCURSOS PERMANENTES!

PROBLEMAS :: SOLUCIONES :: CHISTES :: CHISTES ILUSTRADOS :: HISTORIETAS :: DIBUJOS
CUENTOS :: COLORIDO Y DE LOS PINOCHOS MÁS BONITOS

- 1.º *De problemas.*—Cada lector tiene derecho a enviarnos tantos problemas como quiera (cada uno con su cupón correspondiente), y los que lo merezcan serán publicados dentro de este Concurso. Aparte, y muy clara, debe enviarse cada problema con su solución.
- 2.º *De soluciones.*—Consistirá en buscar las soluciones a los problemas del Concurso anterior y a los demás que se publiquen. Con las soluciones de los problemas de cada número hay que enviar el cupón del concurso correspondiente al mismo número.
- 3.º *De chistes ilustrados.*—Entrarán en este Concurso los dibujos que recibamos correspondientes a un chiste que les sirva de epígrafe.
- 4.º *De historietas.*—O sea de series de dibujos unidos entre sí con una idea común, con o sin el texto correspondiente.—Las historietas tendrán no menos de dos ni más de ocho dibujos.
- 5.º *De dibujos.*—Los dibujos sueltos que no sean chistes entrarán en este Concurso.
- 6.º *De chistes sin ilustrar.*—Se publicarán los que recibamos y merezcan entrar en este Concurso.
- 7.º *De cuentos ilustrados o sin ilustrar.*—Los cuentos deben enviarse escritos por una cara de papel y no tener más de 2.000 letras. Si tuviese ilustraciones, mandarlas en papel aparte.
- 8.º *De colorido.*—Consiste en iluminar los dibujos que publicamos para ese efecto en forma lo más igual posible a los colores en que están publicados en la **Serie Pinocho contra Chapete**.
- 9.º *De los Pinochos más bonitos.*—Consiste en hacer una lista de la **Serie Pinocho contra Chapete**, ordenada según la preferencia del pinochista.

OBSERVACIONES GENERALES

- 1.ª Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en números anteriores de PINOCHO.
- 2.ª Con cada trabajo hay que mandar un *Cupón de concursos*. Es decir, que no basta un cupón para un solo envío que contenga varios trabajos, sino que hay que mandar tantos cupones como trabajos. Los suscriptores gozarán de una ventaja: con un solo cupón pueden enviar un trabajo para cada Concurso, pero sólo uno para cada Concurso. Es decir, que si envían tres trabajos para un solo Concurso tendrán que enviar tres cupones; pero si envían tres trabajos diferentes, uno para cada Concurso, lo pueden hacer con un solo cupón.
- 3.ª Todos los dibujos que tienen que publicarse deben venir hechos con tinta negra (no es necesario que sea con tinta china).
- 4.ª Es muy importante indicar en el cupón la edad del remitente, porque, como hemos anunciado, cada Concurso tendrá dos secciones: una para niños menores de diez años —A—, y otra para niños mayores de diez años.—B.

Boletines de votación para los Concursos correspondientes al mes de agosto.

Problemas		Chistes ilustrados		Chistes sin ilustrar	
Sección A	Sección B	Sección A	Sección B	Sección A	Sección B
Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.
Cuentos		Dibujos		Historietas	
Sección A	Sección B	Sección A	Sección B	Sección A	Sección B
Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.	Núm.

Pertenecen a la **Sección A** los trabajos de Pinochistas menores de diez años; y a la **Sección B** los de mayores de diez años. El voto consistirá en poner en cada casilla el número correspondiente al trabajo que más guste de cada concurso entre los publicados en el mes. Deben enviarse bajo sobre a «Editorial Saturnino Calleja», S. A. *Votación de Concurso*. Apartado 447. Madrid.

CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

Julita Antón Sabadie.—¿Dónde vives? ¿En Madrid? ¿En Barcelona? ¿En Málaga? Necesitamos saber tu domicilio. Estamos seguros de que te alegrarás, y no poco, cuando conozcas los motivos por los cuales nos interesa tu paradero. Escríbeme.

A los Pinochistas desmemoriados. (Madrid, Valencia, Barcelona, etc., etc). Muchos cupones de regalos llegaron a nuestras manos en las peores condiciones. Unos, sin dirección; otros, sin sellos, y otros, por último, sin el nombre del remitente. Advertimos a estos Pinochistas desmemoriados que, por llegar así los cupones, nos fue imposible mandar los números para el sorteo. Los que se sorprendan cuando vean pasar días y días sin recibir los números, ahonden y busquen en su memoria. Seguro que mandaron los cupones faltos de dirección, sin el nombre del Pinochista o —lo que es más corriente— sin los sellos. Lean nuevamente la página que publicamos en el n.º 20, y vean si han remitido los cupones ajustándose en todo a las condiciones señaladas en aquella página. Por nuestra parte, sentimos mucho estas equivocaciones; pero sólo podemos hacer esto: advertirlas.

PINOCHO CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NÚM. 28

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

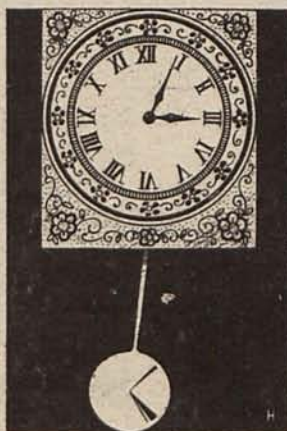
Fecha (Si es suscriptor, poner el número

(1) Indicar el que sea de los **nueve**. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

¿SABEIS POR QUÉ?

¿POR QUÉ NO SIGUE MOVIÉNDOSE INDEFINIDAMENTE EL PÉNDULO DE UN RELOJ?

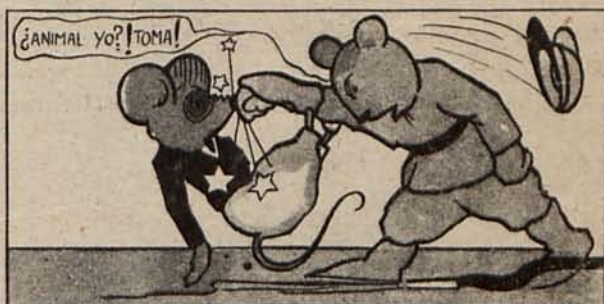
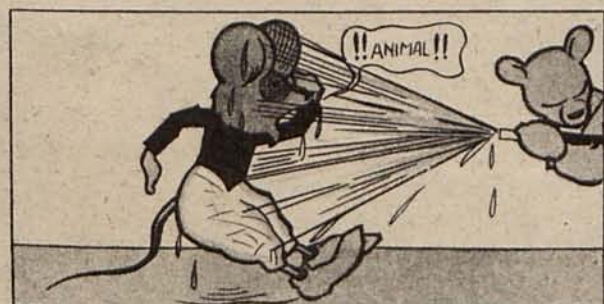
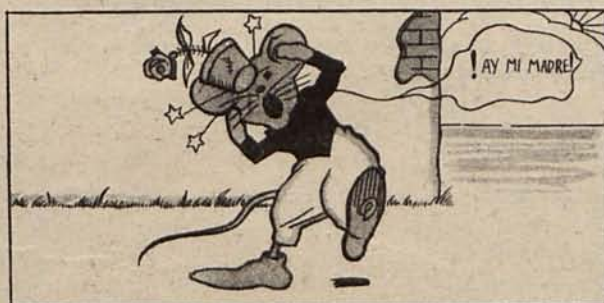
Si ponemos en movimiento el péndulo de un reloj, parece natural que continuase moviéndose indefinidamente, tuviese o no cuerda. ¿Por qué un péndulo, un péndulo cualquiera se para, al cabo de un rato, sin motivo aparente? Todo tiene su explicación. El péndulo encuentra en su camino una resistencia, la que le opone el aire. Es éste, precisamente, uno de los motivos por los cuales un péndulo no puede continuar moviéndose por mucho tiempo, de no encontrarse, como ocurre en los relojes, impulsado por algún mecanismo. Ello no quiere decir que si eludimos el aire, el péndulo continúe en movimiento indefinidamente.



Si hacemos el vacío, es decir, si extraemos el aire del lugar en que un péndulo oscila, llegará un momento en que aquél se detenga, debido al roce continuo con el eje de que se halle colgado. Se parará, naturalmente, mucho más tarde; pero se parará. Según la ley de *inercia*, el péndulo, una vez en movimiento, debería cabecear continuamente, indefinidamente; pero como hay fuerzas que contrarrestan esa tendencia, el péndulo se para.

Esas fuerzas son, como hemos dicho, la resistencia del aire y el roce que, inevitablemente, tiene todo péndulo con el eje de que se halla suspendido.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROEQUESO





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

Camino de mesa de palabras cruzadas.—¿Cuál de vosotras...? ¡Oh, perdón!, lectorcitas queridas. Iba a decir una ingenuidad muy grande; iba a preguntar: «¿Cuál de vosotras es aficionada a descifrar problemas de palabras cruzadas?» Siendo así que debo preguntar cuál de vosotras «no» lo es.

Porque, realmente, lo somos todos. Echar distraída-mente un vistazo sobre una figura de éstas que tanto apasionan, descifrar un par de palabras por mera curiosidad y ya no soltar el problema ni para comer ni para dormir, es todo uno.

Así, el otro día llego a casa de un amiguito mío —un tal Pepín, no sé si le conoceréis—, y en lugar de acogerme como siempre con un «¡Hola, Pirulina!» entusiasta, me lo encuentro con las cejas fruncidas y me pregunta sin saludarme siquiera con una gravedad aterradora: «Pirula, soy hombre perdido si no me indicas el río que pasa por Madrid y cuyo nombre no empieza con una M».

Voy en el tranvía y veo a dos amiguitas mías —Tildina y Pilarín, siete y ocho años, respectivamente— charlando con tan extraordinaria animación, que ni siquiera advierten mi presencia; y cuando creo sorprenderles discutiendo

acerca de si es más divertido jugar al escondite que a las cuatro esquinas, o de si resulta más sabroso un pastel de crema o un bombón de chocolate, me quedo turlata al oír la siguiente conversación: «¿Sabes que ya he dado con el nombre de aquella princesa china, hija de un emperador de la décima dinastía, que venció a los tártaros en la batalla de Chin-Chón? —¡Cuánto me alegro! Pues con eso y con que nos enteremos de cómo se dice «radiotelefonía» en griego, ya tenemos el apellido de aquel poeta indio, autor del drama *El loto cabalístico*».

Total, que me he dado cuenta de que quedaría en ridículo si no me apresuraba a crear un modelo de labor relacionado con este furor de las palabras cruzadas —«Cross-words» lo llaman los ingleses, sus inventores—, y aquí tenéis un camino de mesa completamente de actualidad. Como esta moda ha de ser forzosamente efímera, como todas las modas —aunque hay pocas, a la vez, tan divertidas e instructivas—, os aconsejo no gastéis demasiado dinero en la confección de esta labor, que dentro de algún tiempo se os aparecerá anticuada.

Comprad «tutor» de algodón en lugar de tela de hilo, y bordar en lana negra el ajedrezado y en el centro vuestro nombre.

Pero como con la lana la tela se lava difícilmente, no la compréis blanca, sino verde fuerte, roja,

azul añil o amarillo limón, que es más bonito y se ensucia mucho menos.



PIRULA, PINTORA

Un cepillo decorado.—¡Ayl, jay!, jay! ¿Qué le pasa a Marichu? ¿Por qué da esos ayes de dolor? ¿Se habrá caído? ¿Le habrán pisado un pie?

Nada de eso; estos mismos ayes llenan la casa un día y otro día a la misma hora y obedecen, sencillamente, a que los finos dedos de Miss está dedicados a la tarea de desenmarañar los bucles de la pequeña escandalizadora.

Tan hermosos, largos, dorados, sedosos y brillantes son estos bucles de Marichu, que su mamá no se ha resignado a sacrificarlos a la tijera y a la moda, y la misma Marichu, pese a su comodidad, ha suplicado que se los dejasen seguir luciendo para admiración de todas sus amiguitas.

Pero, ¿tanto daño le hace realmente a Marichu esta operación del peinado? No; tanto, no. Miss tiene una mano suavísima y pone sus cinco sentidos en no dar un

solo «tirón». Aquí, en secreto, os confesaré que Marichu es un poco mimosa y... y yo que la conozco bien he descubierto el medio de que no sienta esos «horribles sufrimientos». Este medio no es otro que el de pintar y decorar su cepillo de una manera tan divertida, que sólo con verlo se pone de buen humor y se le olvida gemir como de costumbre.

Este cepillo —que seguramente os apresuraréis a copiar pintando su grotesca figura en el vuestro, con la mayor facilidad del mundo— se llama Toribio por la lengua desmesurada que saca, hasta el punto de que llega hasta el borde mismo del mango, como puede verse.

¿Quién no le perdona a don Toribio, en gracia a su comicidad, sus «espantosos tirones», así como los de su hermano, el peine, para el que, el día menos pensado, también inventaré alguna imprevista decoración?

